

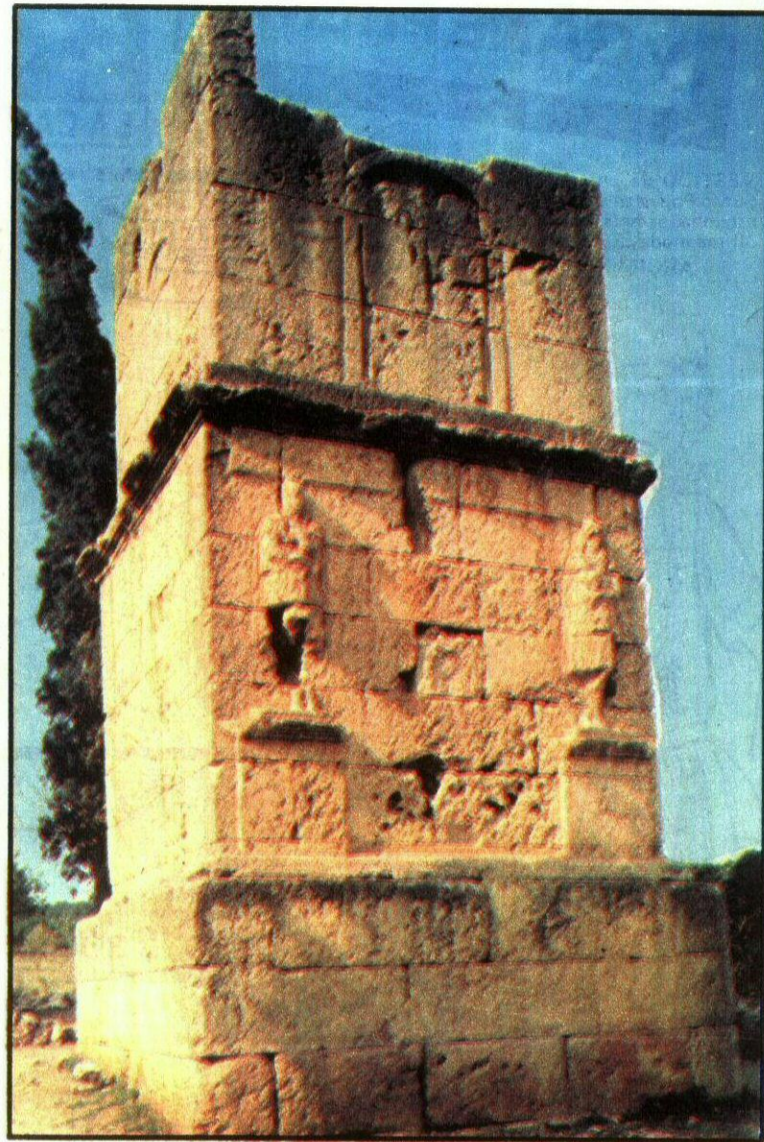
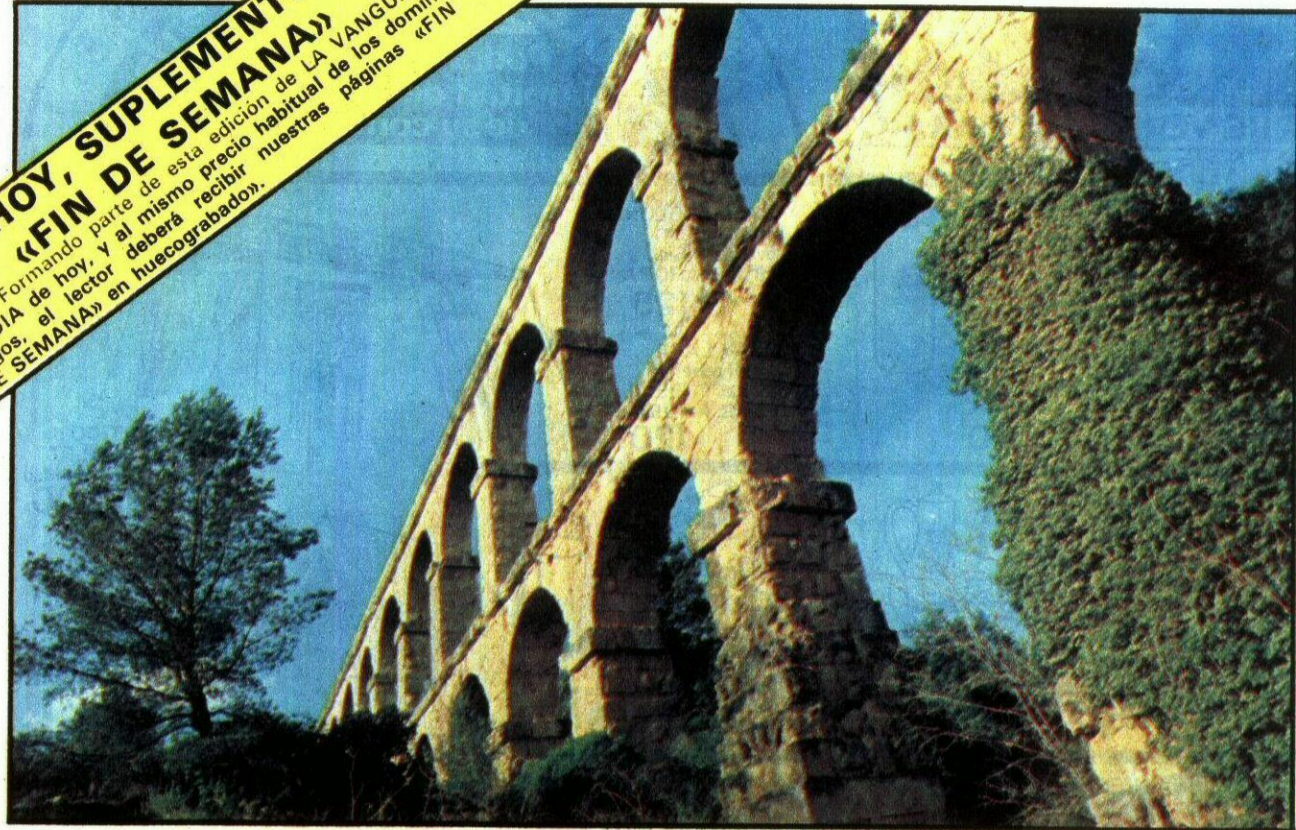
LA VANGUARDIA

BARCELONA - 1
Domingo, 11 de mayo de 1980
Número 35.428

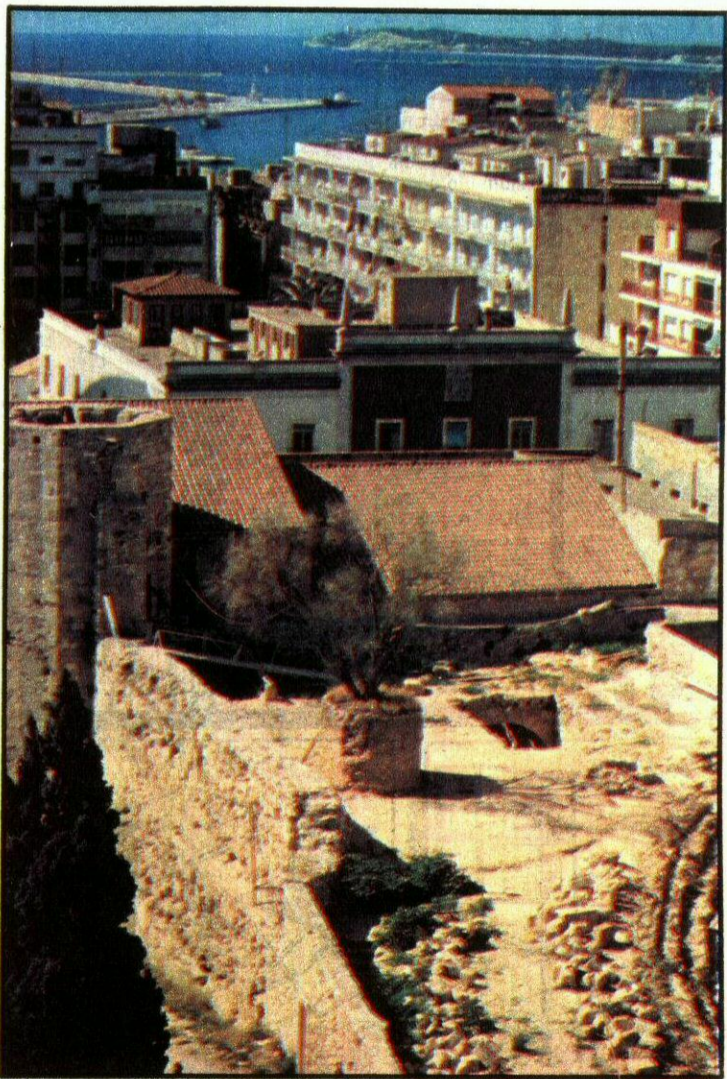
FUNDADA EN 1881
POR DON CARLOS Y DON BARTOLOMÉ GODÓ

Redacción y Admón.: PELAYO, 28
«TELEX» 54.530 y 54.781
Teléfono 301-54-54 (20 líneas)
Precio de este ejemplar: 30 pts.

**HOY, SUPLEMENTO
«FIN DE SEMANA»**
Formando parte de esta edición de LA VANGUARDIA de hoy, y al mismo precio habitual de los domingos, el lector deberá recibir nuestras páginas «FIN DE SEMANA» en huecograbado.



S.O.S. POR LA TARRAGONA ROMANA

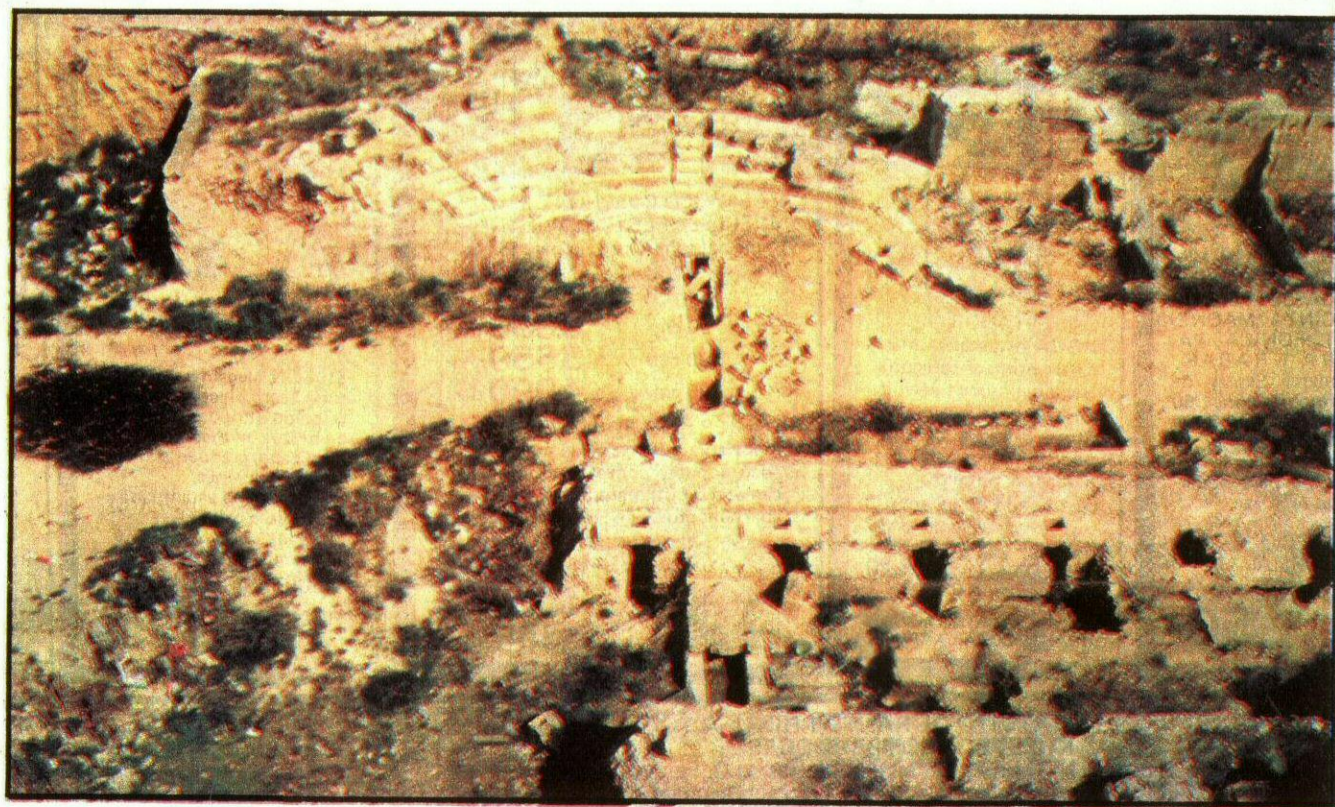


Es menester, dentro de la necesaria y obligada recuperación-conservación del patrimonio artístico y cultural español, salvar la Tarragona romana. El momento es idóneo, porque se está en la revisión y adaptación del Plan General y Tarragona figura en la Comisión de los 21 del Area Metropolitana. No debe perderse, pues, más tiempo en dilaciones. El proceso destructor del patrimonio arquitectónico y arqueológico tarragonense en los últimos lustros no ha sido digno de un pueblo que se llama civilizado. Conocida es la durísima lucha que ha tenido que llevarse a cabo para salvar el Teatro Romano. Si no se adquiere o se recobra la conciencia de lo que tales restos arqueológicos representan, no tan sólo para Tarragona sino también para Cataluña y para España toda, no habrá salvación para un pasado que siempre ayuda a explicar el presente. Recordemos que un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro.

Tarragona, al ser capital de la vasta provincia Hispania Citerior o Tarraconensis, contó con grandes monumentos públicos a imagen y semejanza de Roma, la capital del Imperio. Pero la Tarragona romana la forman también esos innumerables vestigios,

anónimos y desconocidos, que esperan ocultos a que los expertos e investigadores los saquen a la luz y nos expliquen su esclarecedor mensaje. Tarragona es una de las ciudades romanas menos conocidas de la Península Ibérica en el aspecto científico. No se sabe su configuración social y urbana, ni cómo se vivía en ella, ni tantas cosas que deberían saberse: Se debe asumir la defensa de un patrimonio que nos pertenece, tener conciencia de la inmensa riqueza, mucho más que material, que ese patrimonio supone. Pero Tarragona se ve incapaz, por sí sola, de afrontar la ingente tarea de rescatar y conservar tan enorme legado histórico. La Generalitat y la Administración Central del Estado deben hacer suyo el problema y obrar en consecuencia. Y el Consejo de Europa, y la UNESCO, y... Porque la Tarragona romana es patrimonio, naturalmente, de los tarraconenses, pero también de Cataluña, de España, de Europa, de la cultura occidental y de cualquier ciudadano del mundo sensible y civilizado.

José GUERRERO MARTIN
Fotos: Jorge BELVER



Cantera del Médol, Torre de los Escipiones, Acueducto de las Ferreras, Foro Provincial, Teatro, Anfiteatro, Circo, Murallas... Pretorio o Torre de Pilatos, Museo Arqueológico, Necrópolis Paleocristiana... Restos como la Torre de los Abogados, como los aparecidos en el solar Alió o como los que se van hallando en el interior de casas particulares y edificios varios... Tarragona, pese a todo, puede ofrecer todavía un conjunto de vestigios romanos impresionante. En las fotos: 1. Acueducto de las Ferreras; 2. Torre de los Escipiones (monumento funerario); 3. El Circo Romano va aflorando a medida que van desapareciendo los edificios construidos sobre él; 4. El Teatro Romano, que ha sido objeto de una durísima lucha por su recuperación, es un elocuente ejemplo de la destrucción indiscriminada sufrida por el patrimonio arqueológico-histórico en Tarragona durante años.

Poco se sabe, en realidad, de la Tarragona prerromana. Los elementos de juicio más sólidos inducen a creer que en las actuales comarcas tarraconenses existían entre los siglos VI y III a. de C. unos pueblos mezcla de etnias indoeuropeas y mediterráneas, cuyo núcleo principal se llamaba Tarrakon en lengua griega. Parece probable que a mediados del siglo III a. de C. estaban asentados en Tarragona los Cessetanos. A raíz del descubrimiento de cerámica ática en la calle Capuchinos puede especularse con la existencia de un poblado prerromano en el promontorio existente entre dicha calle y la de Zamenhoff, sobre la ensenada que posteriormente transformaron los romanos en puerto. Futuras excavaciones en esta zona, especialmente en el pinar sito en la fábrica de Chartreuse, podrían confirmar esta sospecha.

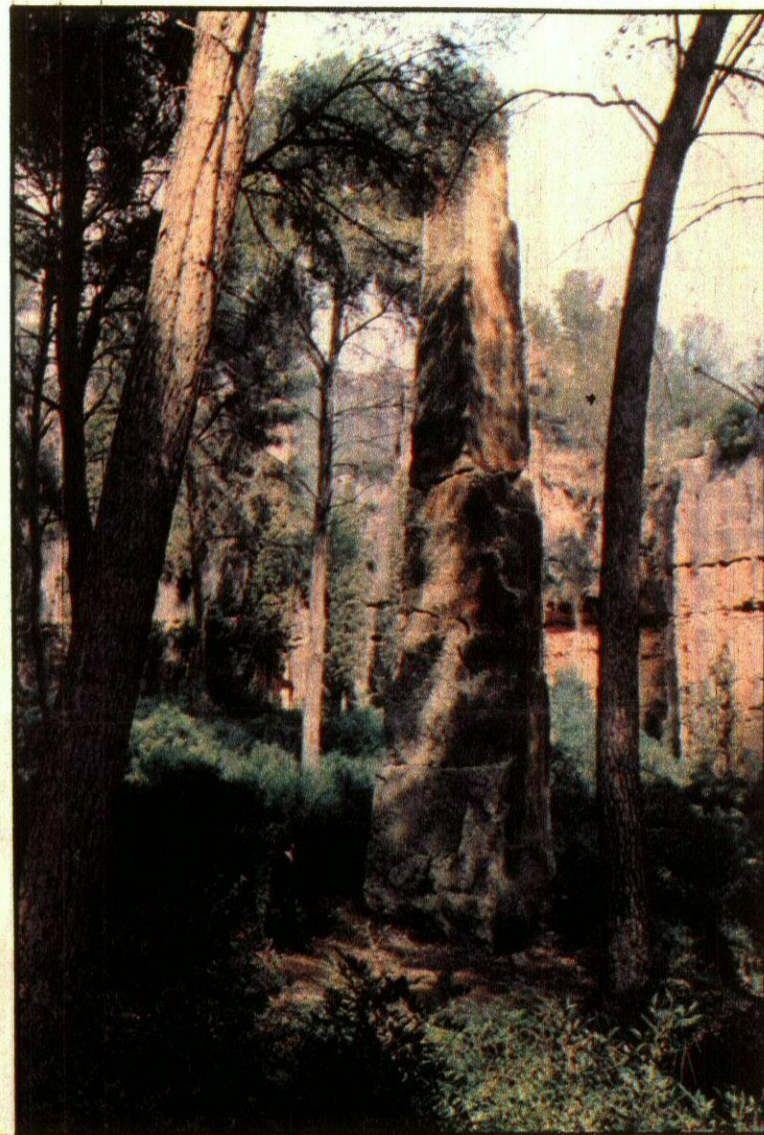
En el año 218 a. de C. desembarca Cneo Scipion en Ampurias y convierte a Tarragona en base de operaciones militares. Este periodo alcanza hasta el 197 a. de C., año en que los romanos lograron dominar la rebelión de las tribus entonces existentes en la actual Cataluña y en la cuenca del Ebro. Es la época de la construcción de las murallas, hoy consideradas totalmente romanas y no ibero-romanas, como



los que nos son dados contemplar a nosotros hoy día.

En cuanto a la estructura urbanística en la época de esplendor de Tarragona, cabe considerar una gran zona pública monumental comprendida en un espacio limitado por lo que resta de Murallas y la actual Rambla Vella. A partir de aquí, y en dirección norte, existía el Circo, con unas dimensiones interiores de 340x75 metros y exteriores de 360x110 metros. Inmediatamente por encima, un gran recinto, Foro Provincial según unos autores o simplemente un complejo burocrático-administrativo según otros, con unas dimensiones de 230x175 metros y que ocupaba la zona incluida entre un frente determinado por el Pretorio de Augusto (Torre de Pilatos) y la torre romana existente en la antigua Audiencia sita en la plaza del Pallol (Torre de los Abogados), como puntos extremos, y otro frente que viene a coincidir con la alineación determinada por la plaza del Forum y las calles Mercería y Civadería. Inmediatamente por encima, otra terraza de unos 130x130 metros, centrada en el espacio ocupado hoy por la catedral y en el cual, o en sus aledaños, estarían los dos grandes templos conocidos: el de Júpiter y el de Augusto.

UN RIQUISIMO PATRIMONIO QUE RESCATAR, CONSERVAR Y ESTUDIAR



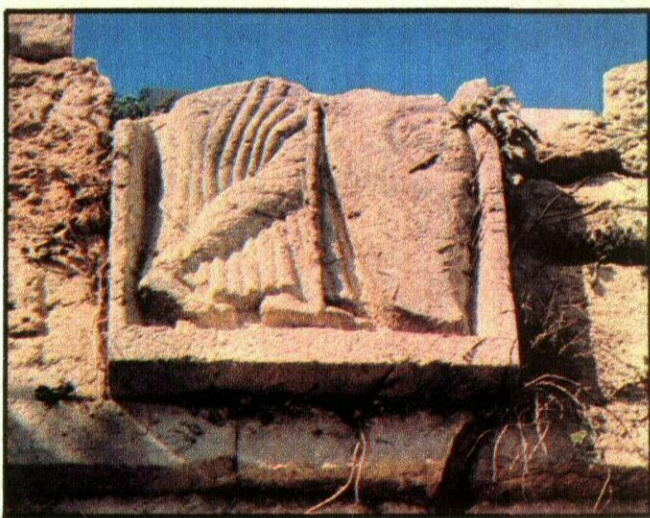
todavía rezan los indicadores turísticos.

A partir del año 197 a. de C. empieza el largo proceso de colonización romana. Tarragona es ya la base de la penetración de Roma en la Península Ibérica y muy pronto deviene capital de la provincia Hispania Citerior. En el año 45 a. de C. Julio César transforma a Tarraco en colonia, con la denominación de Colonia Julia Urbs Triumphalis Tarraconensis. Y en la reorganización político-administrativa que el emperador Augusto llevó a cabo en el año 27 a. de C., la provincia Hispania Citerior o Tarraconensis pasó a comprender un vasto territorio que suponía más de la mitad de la Península Ibérica, concretamente la región situada al norte de una línea imaginaria que iba desde Almería hasta la desembocadura del Duero.

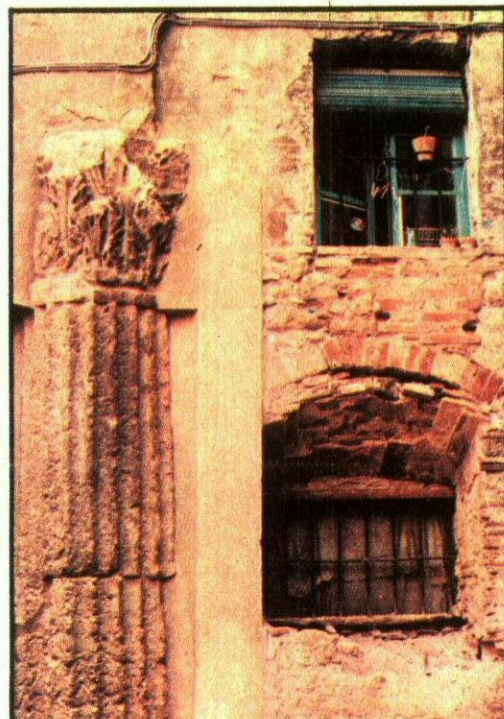
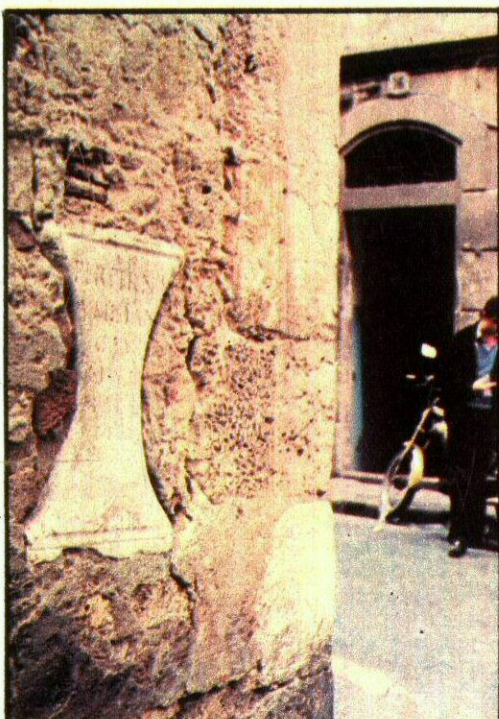
La provincia Tarraconensis dependía directamente del Emperador, a través de un cónsul o legado del mismo. Semejante hecho permite que se realice una reforma urbanística en profundidad, con el fin de dotar a Tarragona de la infraestructura necesaria a una ciudad que es ya capital de un territorio tan vasto. Surgen los grandes edificios públicos. Es un proceso lento que empieza en la época Claudia y culmina en la Flavia.

Tras las primeras invasiones del siglo III d. de C., se produce la contracción urbana de la ciudad. La gente ha de volver a refugiarse en el interior de las murallas y se consuma la ocupación del Foro Provincial, situado en lo que hoy es el casco antiguo. A pesar de todo, Tarragona mantiene su inercia vital hasta el fin del Imperio de Occidente (año 476), como prueban los restos aparecidos en la Necrópolis. Tarraco fue la primera y la última ciudad de la península Ibérica fiel a Roma. Después, la lenta agonía y la oscuridad.

Deslumbrante y magnífica debía ser la vista de Tarragona para quien llegase por mar. Dispuesta en sucesivas y ascendentes terrazas desde el puerto hasta la zona más alta, la imaginación en este caso se nos antoja incapaz de hacer justicia a la realidad, una realidad que nos vemos obligados a reconstruir siguiendo las pautas arqueológicas y los testimonios escritos de quienes, tiempos atrás, tuvieron la suerte de admirar más y mejor conservados vestigios que



1. *Importantes hallazgos se están llevando a cabo en la Necrópolis Paleocristiana (Casa del Mar).*
2. *Anfiteatro Romano. En su arena, restos de la iglesia románica del siglo XII.*
3. *Cantera romana del Médol. En su centro, la imponente aguja-testigo.*
4. *Relieve de Minerva en la Torre de su nombre (Muralla romana).*
5. *Lápida romana con inscripción aprovechada en la construcción de una casa.*
6. *Columna romana aprovechada para fines bien distintos a los de su primigenia función.*



En dirección al puerto debió existir la gran zona de viviendas circundada por murallas. Murallas de las que Pons Icart, en el siglo XVI, pudo apreciar muchos restos. Se trata de un espacio muy difícil de especificar por cuanto en el siglo pasado se efectuó en él un gran rebaje con el fin de extraer material para construir el puerto. En la parte situada más al sur, inmediatamente sobre el puerto, existiría otra zona pública, con un Foro local, Gimnasio, Termas, etcétera, de la que hoy sólo nos resta el Foro, habiéndose destruido el resto en el siglo pasado.

Fuera ya del recinto amurallado existían un Teatro (en la zona portuaria) y un Anfiteatro (en la zona de la playa del Milagro). A lo largo de las vías de acceso, vilas romanas e instalaciones industriales, canteras y enterramientos. Finalmente, un gran espacio de Necrópolis paleocristiana en los terrenos de la Fábrica de Tabacos y sus alrededores. Para abastecer de agua a la ciudad había, como mínimo, dos grandes conducciones: una desde Puigpelat, aprovechada en gran parte en el siglo XVIII; y otra desde el Francolí, a la que pertenecía el llamado Acueducto de las Ferreras.

La problemática arqueológica es tremenda. Sobre parte de la Tarragona romana se construyó la ciudad medieval, que fue experimentando sucesivas transformaciones hasta hoy. En el resto de perímetro amurallado hubo grandes destrucciones: cuando Tarragona se transformó en plaza fuerte, cuando fue construido el puerto moderno y, ya en nuestro siglo, con la expansión de la urbe. Expansión que ha incidido también extramuros en las últimas décadas. En los tres lustros postreros la voracidad destructora ha superado lo imaginable. La especulación sin tasa, la carencia absoluta de sensibilidad, la falta de amor por un pasado histórico-artístico-cultural, la inhibición cuando no la negligente actuación de autoridades y poderes públicos, el adormecimiento general y la supremacía absoluta de los intereses más prosaicos han puesto en serio peligro de pérdida irreversible al patrimonio arquitectónico y arqueológico de Tarragona.

Pero Tarragona, pese a todo, puede ofrecer

(Sigue en la pág. 7)

(Viene de la pág. 3)

todavía importantes vestigios de un conjunto romano único en España por su amplitud y variedad. Cantera del Medol, Torre de los Escipiones, Acueducto de las Ferreras, Foro Provincial, Foro Local, Teatro, Anfiteatro, Circo, Murallas... Pretorio o Torre de Pilatos, Museo Arqueológico, Necrópolis Paleocristiana... Restos como la Torre de los Abogados, como los aparecidos en el solar Alió o como los que se van hallando en el interior de casas particulares y edificios varios... Y ya fuera de la ciudad, el Arco de Bará, villas diversas, caminos, enterramientos... Un conjunto, en verdad, impresionante.

Tarragona está llena de sorpresas y allí donde menos se espera pueden surgir restos de importancia. Un puñado de personas ha volcado toda su ilusión, todo su esfuerzo, todo su saber, todo su entusiasmo en la ambiciosa tarea de salvar definitivamente la Tarragona romana. De entre ellas, Francesc Tarrats (director del Museo Arqueológico Provincial), Rafael Gabriel (presidente de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense), Rodolf Cortés (profesor de Prehistoria e Historia Antigua) y Enric Olivé (teniente de alcalde de Urbanismo) nos han facilitado la información necesaria para poder transmitir al lector la vasta y compleja problemática del tema que nos ocupa.

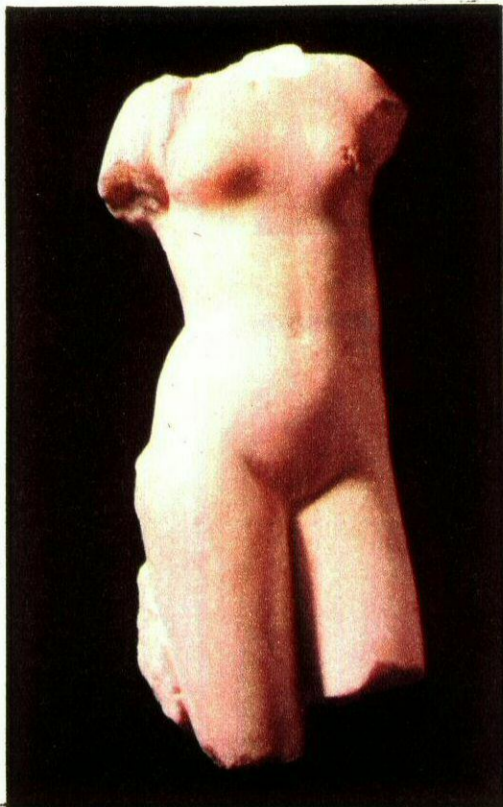
De acuerdo con el plano aquí incluido, la Zona A, por ser Conjunto Histórico - Artístico y de protección arqueológica, es la que menos dificultades para su conservación presenta. En la Zona B se han perdido bastantes cosas, sobre todo en los últimos años. No obstante, en la parte trasera o en los jardines de muchas de las casas es posible aún realizar excavaciones con probabilidades de éxito. De la franja inferior de la Zona B se extrajo mucho material para la construcción del actual puerto, en una época en la que Hernández Sanahúja se las veía y se las deseaba para rescatar estatuas, pedestales, columnas, capiteles y demás restos que él iba comprando y que luego constituyeron los fondos básicos del Museo Arqueológico. En cuanto a la Zona C, es la que más serios problemas presenta, por ser el área de expansión de la Tarragona de hoy.

Mientras en la Cantera del Medol la impresionante aguja - testimonio ha sobrevivido a más de dos mil años de inclemencias climáticas y nos sigue indicando el nivel a partir del cual los romanos fueron extrayendo la piedra que les servía para construir en Tarragona, mientras el Acueducto de las Ferreras continúa bella y majestuosamente erguido, mientras éstas y algunas otras herencias romanas se nos ofrecen relativamente enteras en su conjunto, hay monumentos que no han corrido la misma suerte: de los 4.000 metros de perímetro amurallado cuyos restos vio Pons Icart en el siglo XVI, hoy sólo queda algo más de la cuarta parte; del Foro Provincial, que según el alemán Theodor Hauschild tendría algo que ver con un inmenso edificio porticado, conocemos piezas aisladas del rompecabezas: del Circo, que en el siglo XVIII todavía el Padre Flores pudo contemplar en su casi totalidad, nos quedan bóvedas, la maeniana y algo de las graderías; del Teatro, en el que Hernández Sanahúja localizó en el siglo pasado hasta trece gradas, se han podido recuperar estatuas, columnas, cabezas diversas en mármol y un ara dedicada a Augusto. Son algunos ejemplos.

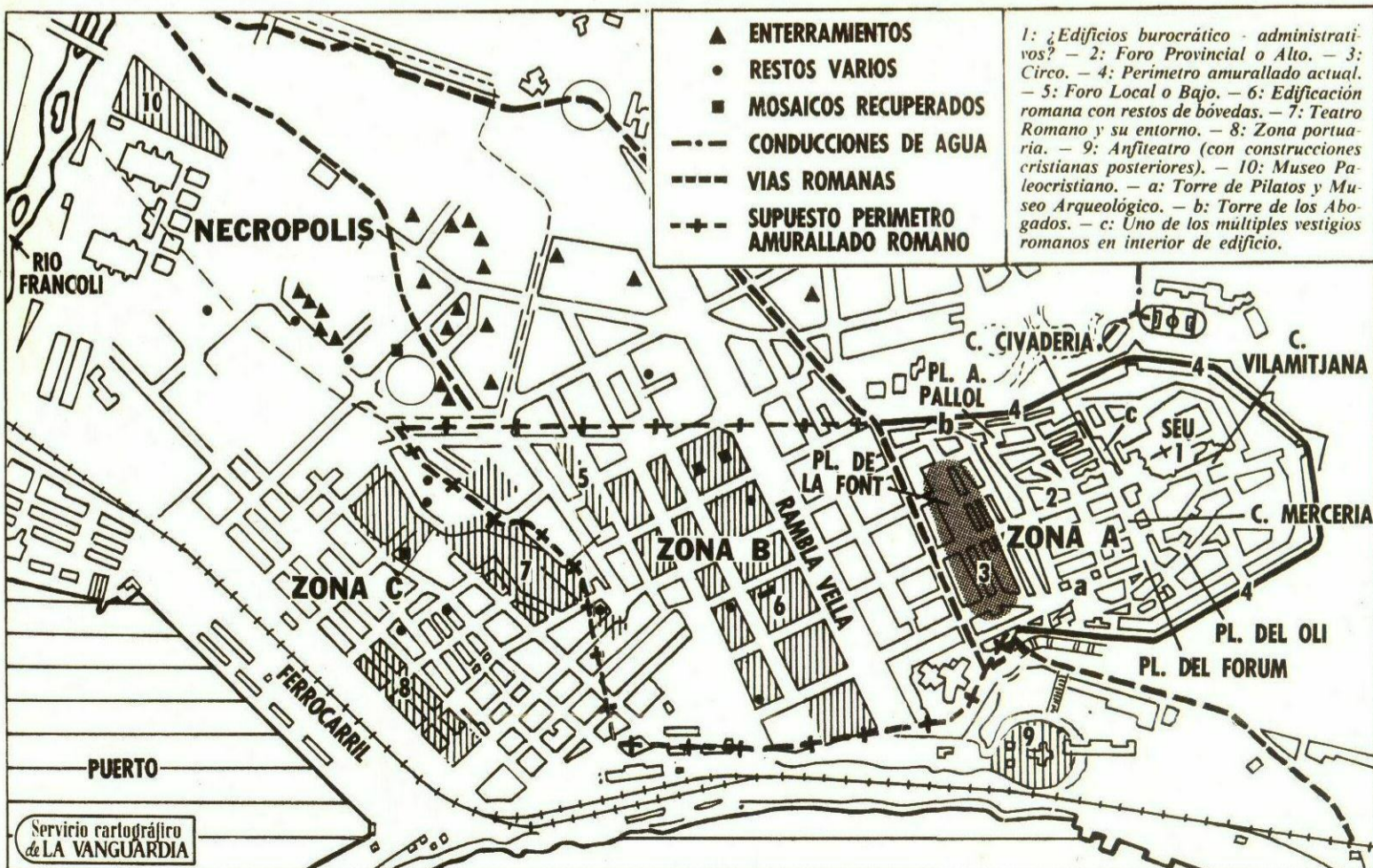
Pero no todo está perdido. Tarragona, justo es repetirlo, puede ofrecer todavía importantes vestigios de un conjunto romano único en España por su amplitud y variedad. Queda mucho

por hacer: rescatar restos múltiples, algunos de ellos tal vez de trascendencia ahora impensada; realizar los estudios científicos pertinentes; conservar todo el patrimonio como es debido. Inculcar en la gente la necesidad de defender la investigación; luchar por toda la ciudad romana, no sólo por los grandes y espectaculares monumentos; extender la conciencia colectiva e individual con respecto a este tema. La «arqueología de urgencia» debe desaparecer, porque es un sucedáneo, un parche, antiarqueología en definitiva. La arqueología, por su propia naturaleza, requiere tiempo y unos métodos a menudo morosos. Y si bien el problema, como tantos otros, suele reducirse a lo económico, la solución sólo será posible a partir del momento en que haya una clara y firme conciencia de querer la preservación de los yacimientos arqueológicos. Porque medios técnicos, actualmente, los hay.

Es posible compaginar el desarrollo industrial, tecnológico y urbanístico de Tarragona con la conservación de su riquísimo patrimonio arqueológico - arquitectónico - histórico - cultu-



1. Calle romana en el Foro Local o Bajo.
2. Torsos de Venus hallado en las excavaciones efectuadas en el Teatro Romano en 1977.
3. Mercadillo junto a restos del Foro Provincial o Alto.
4. Escalinata y muro romanos en el interior de la Torre de los Abogados.



ral. El Ayuntamiento estudia la puesta en práctica de una ordenanza que proteja tales bienes y compense debidamente a los afectados por los mismos. Asimismo se está pensando en la creación de un Servicio Municipal de Arqueología, multidisciplinario, que actúe por delante de las excavadoras y no a remolque de ellas, y que contribuya a la fascinante y necesaria labor de ordenar racionalmente el territorio, respetando al máximo un pasado que debe conocerse y que ayuda a entender mejor el hoy.

La Administración Central del Estado facilita cuatro millones de pesetas para que se realice un estudio encaminado a ver cómo se recupera ese patrimonio del que venimos hablando, a la par que se tienen en cuenta los factores humano y urbanístico de la ciudad. El Ayuntamiento de Tarragona contribuirá con dos millones de pesetas más. Pero, por otra parte, toda la provincia de Tarragona tiene un solo arqueólogo, que además es director del Museo Arqueológico Provincial y que no da abasto por mucho que se multiplique. En cuanto a la asignación del Ministerio del ramo para las excavaciones de urgencia en una ciudad que tanto tiene que excavar, es menos que exigua. Los medios económicos y humanos son, pues, ridículos. El Ayuntamiento se ve desbordado por la magnitud del problema. Las entidades culturales de la ciudad, también. De ahí el S.O.S. lanzado, ahora que todavía se está a tiempo, y que nosotros recogemos y transmitimos con el deseo de que surta los efectos apetecidos.

Enric Olivé, teniente de alcalde de Urbanismo, tuvo la oportunidad de presentar el tema, a finales de marzo pasado en Bruselas, a Roy Jenkins (presidente de la Comisión del M.C.), a Jakob Aano (presidente de la Subcomisión del Patrimonio Arquitectónico y Artístico de Europa) y a Henry de Koster (presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa), quienes le prometieron tomarlo en consideración. ¡Que no vuelva a repetirse que el resto de Europa se preocupa más de nuestras cosas que nosotros mismos! España en general y Cataluña en particular tienen la ineludible obligación de asumir el problema y de resolverlo. La Generalitat ha de hacer suya una inquietud que sobrepasa cualquier límite localista o provincial. La autonomía ha de servir, entre otras cosas, para avivar las aspiraciones culturales y acelerar su satisfacción. Así se siente en Tarragona. Así lo esperan sus gentes. En cuanto a la Administración Central, su deber complementario y su obligación subsidiaria, parecen obvios. Todo ello en justa correspondencia a lo ya expresado: la Tarragona romana es patrimonio de los tarraconenses, pero también de Cataluña, de España, de Europa, de la cultura occidental y de cualquier ciudadano del mundo sensible y civilizado.

José GUERRERO MARTIN
Fotos: Jorge BELVER